

Antistrofa. — ¡Brincos, brincos y más brincos, torciendo las patas, que es el modo con que se baila el famoso - - Frenico. Cuando miren vuestras piernas al aire, los espectadores habrán de exclamar: Oh, Oh!

Coro general. — ¡Vuelta y vuelta y otra vuelta, haz la ronda y alza la pierna, si puedes llegar al cielo, conviérte te en remolino!

Va por delante el rey del mar, vuestro padre, lleno de orgullo por sus hijos, los tres monitos que bailan.

Si quereis seguir bailando, dejad que nos retiremos, - que hasta hoy no se había visto despedir una comedia en baile de danzarines.

#### CERVANTES SAAVEDRA, MIGUEL DE.

Cuarto hijo de un médico cirujano, Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616), nació en Alcalá - de Henares y estudió en Sevilla y Madrid, aunque la primera parte de su vida, resulta problemática para la crítica. Camarero del cardenal Julio Aquaviva (1569) en Italia, asistió a la batalla de - Lepanto a bordo de la galera La Marquesa (7 de octubre de 1571) siendo herido en el pecho y la mano izquierda que se le quedó inútil. Sentó plaza en Flandes (1572) participando en la expedición a Túnez. De regreso a España, fue apresado por los turcos y conducido como esclavo a Argel: tras cuatro intentos de evasión, fue rescatado, instalándose el glorioso Manco de Lepanto en Madrid donde comenzó su obra literaria. Casó con doña Catalina de Salazar y Palacios y obtuvo el cargo de comisario para proveer la Armada Invencible (1587), para lo cual se trasladó a Sevilla. Ciertas irregularidades en las cuentas, unidas a la quiebra de un banquero sevillano, su fiador, le llevaron a la cárcel por tres meses. Ya en la corte, Valladolid, publica la primera parte del Quijote (1605). En ese mismo año, a la vera de su casa fue acuchillado un caballero navarro que murió sin querer declarar el nombre de su asesino: durante el proceso, se vieron complicadas las hermanas del - novelista así como su hija natural, Isabel de Saavedra: once personas fueron encarceladas a consecuencia del proceso: entre ellas toda la familia Cervantes. En 1610 acompaña al conde de Lemos a Nápoles; al regreso se dedicó íntegramente a su - trabajo literario, muriendo el 23 de abril de - 1616 en Madrid.

Miguel de Cervantes Saavedra.



Paseándose dos caballeros estudiantes por las riberas del Tormes, hallaron en ellas, debajo de un árbol, durmiendo, a un muchacho de hasta edad de once años, vestido como labrador. Mandaron a un criado que le despertase. Despertó, y preguntáronle de dónde era y qué hacía durmiendo en aquella soledad. A lo cual el muchacho respondió que el nombre de su tierra se le había olvidado, y que iba a la ciudad de Salamanca a buscar un amo a quien servir por sólo que le diese estudio. Preguntáronle si sabía leer; respondió que sí, y escribir también.

—De esa manera -dijo uno de los caballeros- no es por falta de memoria habésete olvidado el nombre de tu patria.

—Sea por lo que fuere -respondió el muchacho-, que ni el de ella ni el de mis padres sabrá ninguno hasta que yo pueda honrarlos a ellos y a ella.

—Pues ¿de qué suerte los piensas honrar? -preguntó el caballero.

—Con mis estudios -respondió el muchacho; siendo famoso por ellos. Porque yo he oído decir que de los hombres se hacen los obispos.

Esta respuesta movió a los dos caballeros a que le recibiesen y llevasen consigo, como lo hicieron, dándole estudio de la manera que se usa dar en aquella universidad a los criados que sirven.

Dijo el muchacho que se llamaba Tomás Rodaja, de donde infirieron sus amos, por el nombre y por el vestido, que debía ser hijo de algún labrador pobre. A pocos días le vistieron de negro, y a pocas semanas dio Tomás muestras de tener raro ingenio, sirviendo a sus amos con tanta fidelidad, pun-

tualidad y diligencia que, con no fallar un punto a sus estudios, parecía que sólo se ocupaba en servirlos; y como el buen servir del siervo mueve la voluntad del señor a tratarle bien, ya Tomás no era criado de sus amos, sino su compañero. Finalmente, en ocho años que estuvo con ellos se hizo tan famoso en la universidad por su buen ingenio y notable habilidad, que de todo género de gentes era estimado y querido. Su principal estudio fue de leyes; pero en lo que más se mostraba era en letras humanas. Y tenía tan felice memoria que era cosa de espanto, e ilustrábala tanto con su buen entendimiento, que no era menos famoso por él que por ella.

Sucedió que se llegó el tiempo que sus amos acabaron sus estudios y se fueron a su lugar, que era una de las mejores ciudades de Andalucía. Lleváronse consigo a Tomás y estuvo con ellos algunos días; pero como le fatigasen los deseos de volver a sus estudios y a Salamanca -que enhechiza la voluntad de volver a ella a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado-, pidió a sus amos licencia para volverse. Ellos, cortesés y liberales, se la dieron, acomodándole de suerte que con lo que le dieron se pudiera sustentar tres años.

Despidióse de ellos mostrando en sus palabras su agradecimiento, y salió de Málaga -que ésta era la patria de sus señores-, y al bajar de la cuesta de la Zambra, camino de Antequera, se topó con un gentil hombre a caballo, vestido bizarramente de camino, con dos criados, también a caballo. Juntóse con él y supo cómo llevaba su mismo viaje. Hicieron camarada, departieron de diversas cosas, y apocos lances dio Tomás muestras de su raro ingenio y el caballero las dio de su bizarría y cortesano trato. Y dijo que era capitán de infantería por Su Majestad, y que su alférez estaba haciendo la compañía en tierra de Salamanca. Alabó la vida de la soldadesca, pintóle muy al vivo la belleza de la ciudad de Nápoles, las holguras de Palermo, la abundancia de Milán, los festines de Lombardía, las espléndidas comidas de las hosterías. Dibujóle dulce y puntualmente el «aconcha patrón», «pasá acá manigoldo», «venga la matarela», «lipolastri» e «li macarroni». Puso las alabanzas en el cielo de la vida libre del soldado y de la libertad de Italia. Pero no le di-

jo nada del frío de las centinelas, del peligro de los asaltos, del espanto de las batallas, del hambre de los cercos, de la ruina de las minas, con otras cosas de este jaez, que algunos las toman y tienen por añadiduras del peso de la soldadesca y son la carga principal de ella. En resolución, tantas cosas le dijo y tan bien dichas, que la discreción de nuestro Tomás Rodaja comenzó a titubear y la voluntad a aficionarse a aquella vida que tan cerca tiene la muerte.

El capitán, que don Diego de Valdivia se llamaba, contentísimo de la buena presencia, ingenio y desenvoltura de Tomás, le rogó que se fuese con él a Italia, si quería por curiosidad de verla, que él le ofrecía su mesa, y aun si fuese necesario su bandera, porque su alférez la había de dejar presto.

Poco fue menester para que Tomás aceptase el envite, haciendo consigo en un instante un breve discurso de que sería bueno ver a Italia y Flandes y otras diversas tierras y países, pues las luengas peregrinaciones hacen a los hombres discretos, y que en esto, a lo más largo, podía gastar tres o cuatro años, que, añadidos a los pocos que él tenía, no serían tantos que impidiesen volver a sus estudios. Y como si todo hubiera de suceder a la medida de su gusto, dijo al capitán que era contento de irse con él a Italia; pero había de ser condición que no se había de servir debajo de bandera ni poner en lista de soldado, por no obligarse a seguir su bandera. Y aunque el capitán le dijo que no importaba ponerse en lista, que así gozaría de los socorros y pagas que a la compañía se diesen, porque él le daría licencia todas las veces que se la pidiese.

—Eso sería -dijo Tomás- ir contra mi conciencia y contra la del señor capitán, y así más quiero ir suelto que obligado.

—Conciencia tan escrupulosa -dijo don Diego- más es de religioso que de soldado; pero, como quiera que sea, ya somos camaradas.

Llegaron aquella noche a Antequera, y en pocos días y grandes jornadas se pusieron donde estaba la compañía, ya acobada de hacer, y que comenzaba a marchar la vuelta de Cartagena, alojándose, ella y otras cuatro, por los lugares que les venían a mano. Allí notó Tomás la autoridad de los comisarios, la comodidad de algunos capitanes, la solicitud de los aposentadores, la industria y cuenta de los pagadores, las quejas de los pueblos, el rescatar de las boletas, las insolencias de los bisoños, las pendencias de los huéspedes, el pedir bagajes más de los necesarios y, finalmente, la necesidad casi precisa de hacer todo aquello que notaba y mal le parecía.

Habíase vestido Tomás de papagayo, renunciando los hábitos de estudiante, y púsose a lo de Dios es Cristo, como se suele decir. Los muchos libros que tenía los redujo a unas Horas de Nuestra Señora y un Garcilaso sin comento, que en las dos faltriqueras llevaba. Llegaron más presto de lo que quisieran a Cartagena, porque la vida de los alojamientos es ancha y varia, y cada día se topan cosas nuevas y gustosas.

Allí se embarcaron en cuatro galeras de Nápoles, y allí notó también Tomás Rodaja la extraña vida de aquellas marítimas casas, adonde lo más del tiempo maltratan las chinches, roban los forzados, enfadan los marineros, destruyen los ratones y fatigan las maretas. Pusiéronle temor las grandes borrascas y tormentas, especialmente en el golfo de León, que tuvieron dos: que la una los echó en Córcega y la otra los volvió a Tolón, en Francia. En fin, transnochados, mojados y con ojeras llegaron a la hermosa y bellísima ciudad de Génova, y desembarcándose en su recogido mandrache, después de haber visitado una iglesia, dio el capitán con todos sus camaradas en una hostería, donde pusieron en olvido todas las borrascas pasadas con el presente gaudeamus. Allí conocieron la suavidad del Treviano, el valor del Montefrascón, la fuerza del Asperino, la generosidad de los dos griegos Candía y Soma, la grandeza del de las cinco viñas, la dulzura y apacibilidad de la señora Garnacha, la rusticidad de la Chéntola, sin que entre todos estos señores osase parecer la bajeza del Romanesco. Y habiendo hecho el huésped la reseña de tantos y tan diferentes vinos, se ofreció de hacer parecer allí,

usar de tropelía ni como pintados en mapa, sino real y verdaderamente, a Madrigal, Coca, Alaejos y a la imperial más que real ciudad, recámara del dios de la risa. Ofreció a Esquivias, a Alanís, a Cazalla, Guadalcanal y la Membrilla, sin que se olvidase de Ribadavia y Descargamaría. Finalmente, más vinos nombró el huésped, y más les dio, que pudo tener en sus bodegas el mismo Baco. Admiráronle también al buen Tomás los rubios cabellos de las genovesas y la gentileza y gallarda disposición de los hombres, la admirable belleza de la ciudad, que en aquellas peñas parece que tiene las casas engastadas como diamantes en oro.

Otro día se desembarcaron todas las compañías que habían de ir al Piamonte, pero no quiso Tomás hacer este viaje, sino irse desde allí por tierra a Roma y a Nápoles, como lo hizo quedando de volver por la gran Venecia y por Loreto a Milán y al Piamonte, donde dijo don Diego de Valdivia que le hallaría, si ya no les hubiesen llevado a Flandes, según se decía.

Despidióse Tomás del capitán de allí a dos días, y en cinco llegó a Florencia, habiendo visto primero a Luca, ciudad pequeña, pero muy bien hecha, y en la que mejor que en otras partes de Italia son bien vistos y agasajados los españoles. Contentóle Florencia en extremo, así por su agradable asiento como por su limpieza, suntuosos edificios, fresco río y apacibles calles. Estuvo en ella cuatro días, y luego se partió a Roma, reina de las ciudades y señora del mundo. Visitó sus templos, adoró sus reliquias y admiró su grandeza. Y así como por las uñas del león se viene en conocimiento de su grandeza y ferocidad, así él sacó la de Roma por sus despedazados mármoles, medias y enteras estatuas, por sus rotos arcos y derribadas termas, por sus magníficos pórticos y anfiteatros grandes, por su famoso y santo río, que siempre llena sus márgenes de agua y las beatifica con las infinitas reliquias de cuerpos de mártires que en ellas tuvieron sepultura por sus puentes, que parece que se están mirando unos a otros, y por sus calles, que con sólo el nombre cobran autoridad sobre todas las de las otras ciudades del mundo: la Vía Apia, la Flaminia, la Julia, con otras de este jaez. Pues no le admiraba menos la división de sus montes dentro de sí misma:

el Celio, el Quirinal y el Vaticano, con los otros cuatro, cuyos nombres manifiestan la grandeza y majestad romana. Notó también la autoridad del Colegio de los Cardenales, la majestad del Sumo Pontífice, el concurso y variedad de gentes y naciones. Todo lo miró y notó, y puso en su punto. Y habiendo andado la Estación de las Siete Iglesias y confesándose con un penitenciario y besado el pie a Su Santidad, lleno de <<agnus dei>> y cuentas, determinó irse a Nápoles, y por ese tiempo de mutación, malo y dañoso para todos los que en él entran o salen de Roma como hayan caminado por tierra, se fue por mar a Nápoles, donde, a la admiración que traía de haber visto a Roma, añadió la que le causó ver a Nápoles, ciudad, a su parecer y al de todos cuantos la han visto, la mejor de Europa y aun de todo el mundo. Desde allí se fue a Sicilia, y vio a Palermo, y después a Mesina. De Palermo le pareció bien el asiento y belleza, y de Mesina el puerto, y de toda la isla la abundancia, por quien propiamente y con verdad es llamada granero de Italia. Volvióse a Nápoles y a Roma, y allí fue a Nuestra Señora de Loreto, en cuyo santo templo no vio paredes ni murallas, porque todas están cubiertas de multas, de mortajas, de cadenas, de grillos, de esposas, de candelas, de medios bultos de cera y de pinturas y retablos que daban manifiesto indicio de las innumerables mercedes que muchos habían recibido de la mano de Dios por intercesión de su divina Madre: que aquella sacrosanta imagen suya quiso engrandecer y autorizar con muchedumbre de milagros, en recompensa de la devoción que le tienen aquellos que con semejantes doseles tienen adornados los muros de su casa. Vio el mismo aposento y estancia donde se relató la más alta embajada y de más importancia que vieron y no entendieron todos los cielos, y todos los ángeles, y todos los moradores de las moradas sempiternas.

Desde allí, embarcándose en Ancona, fue a Venecia, ciudad que a no haber nacido Colón en el mundo, no tuviera en su semejanza; merced al cielo y al gran Hernando Cortés, que conquistó la gran Méjico para que la gran Venecia tuviese en alguna manera quien se le opusiese. Estas dos famosas ciudades se parecen en las calles, que son todas de agua: la de Europa, admiración del mundo antiguo; la de América, espanto del

mundo nuevo. Parecióle que su riqueza era infinita, su gobierno prudente, su sitio inexpugnable, su abundancia mucha, sus contornos alegres, y finalmente toda ella en sí, y en sus partes, digna de la fama que de su valor por todas las partes del orbe se extiende dando causa de acreditar más esta verdad la máquina de su famoso arsenal, que es el lugar donde se fabrican las galeras, con otros bajeles que no tienen número. Por poco fueran los de Calipso, los regalos y pasatiempos que halló nuestro curioso en Venecia, pues casi le hacían olvidar de su primer intento pero habiendo estado un mes en ella, por Ferrara. Parma y Plasencia, volvió a Milán, oficina de Vulcano, ojeriza del reino de Francia, ciudad, en fin, de quien se dice que puede decir y hacer, haciéndola magnífica, la grandeza suya y de su templo, y su maravillosa abundancia de todas las cosas a la vida humana necesarias. Desde allí se fue a Aste, y llegó a tiempo que otro día marchaba el tercio a Flandes.

Fue muy bien recibido de su amigo el capitán, y en su compañía y camarada pasó a Flandes y llegó a Amberes, ciudad no menos para maravillar que las que había visto en Italia. Vio a Gante y a Bruselas, y vio que todo el país se disponía a tomar las armas para salir en campaña el verano siguiente.

Y habiendo cumplido con el deseo que le movió a ver lo que había visto, determinó volverse a España y a Salamanca a acabar sus estudios. Y como lo pensó lo puso luego por obra, con pesar grandísimo de su camarada, que le rogó al tiempo de despedirse le avisase de su salud, llegada y suceso. Prometiéndoselo así como lo pedía, y por Francia volvió a España sin haber visto a París, por estar puesta en armas. En fin, llegó a Salamanca, donde fue bien recibido de sus amigos, y con la comodidad que ellos le hicieron, prosiguió sus estudios hasta graduarse de licenciado en leyes.

Sucedió que en este tiempo llegó a aquella ciudad una dama de todo rumbo y manejo. Acudieron luego a la añagaza y reclamo todos los pájaros del lugar, sin quedar <<vademécum>> que no la visitase. Dijéronle a Tomás que aquella dama decía que había estado en Italia y en Flandes, y por ver si la conocía fue a visitarla, de cuya visita y vista quedó ella enamorada